

B
A
V

ARTÍCULO PRIMERO.

Creo en Dios Padre Todopoderoso, Oreador del cielo y de la tierra.—Dios ha manifestado su omnipotencia sacando de la nada á todos los seres visibles é invisibles. De la nada hizo el cielo, á los ángeles, la luz, el sol, la luna, las estrellas y los astros todos; el aire y las aves; el mar y los peces; la tierra y cuanto encierra; los animales, las plantas, los árboles, los manantiales, los arroyos, los rios y los lagos. Despues de haber acabado estas obras hizo Dios al hombre, y creóle á su imagen y semejanza.

El primer hombre fué Adan, y la primera mujer Eva. Creóles Dios inocentes, destinóles á disfrutar de una felicidad sobrehumana, concedióles con la inmortalidad, los más preciosos dones, y colocóles en un delicioso jardin, imponiéndoles el precepto de que no comiesen del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Unió Dios á Adan y Eva con el sagrado vínculo del matrimonio, y quiso que fuese indisoluble este vínculo; despues de haberlos así unido les bendijo y les mandó que se multiplicasen. De Adan descendemos nosotros, y de él traen su origen todos los hombres que han poblado la tierra.

El verdadero Dios, espíritu puro, omnipotente, eterno, inmenso, infinitamente perfecto, es esencialmente uno. No hay ni puede haber otro Dios más que él.

Debemos adorar en espíritu y en verdad á ese Dios único verdadero, que se llama Padre, porque desde la eternidad engendró á un

Hijo único que le es consustancial, que es Dios como él, un solo Dios con él y con el Espíritu Santo; debemos prestar á su palabra una fé firme é indestructible, debemos en fin poner en él toda nuestra confianza, amarle y servirle; mirarle como nuestro primer Principio, como nuestro último Fin y como nuestro Bien supremo.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Oreador del cielo y de la tierra.*

ARTÍCULO SEGUNDO.

Y en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro.—No todos los ángeles que habia sacado Dios de la nada permanecieron fieles á él: hubo algunos que se revelaron y que, en castigo de su rebeldía, fueron condenados á una eterna desgracia.

El gefa de estos ángeles rebeldes, envidioso de la felicidad de que Adan y Eva gozaban en el paraíso de las delicias, en el cual Dios les colocara, tentó á Eva y la persuadió á que comiese, no obstante la prohibicion que se la habia impuesto, del fruto de la ciencia del bien y del mal, asegurándola que si ella y su esposo comian de ese fruto, lejos de quedar por esto sujetos á la muerte, con la cual el Oreador tan expresamente les habia amenazado, se volverian semejantes á Dios. Eva seducida, comió del fruto prohibido, y habiendo dado de él á Adan le hizo caer en la desobediencia.

Inmediatamente cayeron de la gracia en la cual habian sido creados; fueron arrojados del paraíso terrenal, sometidos á un penoso

B
trabajo, á los dolores, á la concupiscencia y á la muerte; al instante se presentaron impenetrables valladarés que les volvieron inaccesible la entrada á la gloria, y toda la posteridad de Adán que pecó en él, vióse incluida en la misma sentencia.

Jamás los hombres, por muchos esfuerzos que hubiesen hecho, habrían podido, por medio del vigor de la simple naturaleza, encontrar el medio de levantarse de tal caída, ni volver á tener la esperanza de alcanzar la felicidad eterna; empero Dios, al paso que ejerció su justicia en contra de Adán, de Eva y de toda la raza de ambos, tuvo presente su misericordia y prometió un Redentor al género humano. Este Redentor debíalo ser su Hijo único, personalmente unido á un cuerpo y á una alma semejantes á los nuestros, y que debía llamarse *Jesus*, es decir, *Salvador*, porque era enviado para operar la salvacion del mundo; debíase tambien llamar *Cristo*, es decir, *ungido y consagrado*, á causa de la uncion divina que le consagraba como Rey, Pontífice y Profeta por excelencia; debía, en fin, ser el sobarano Señor de todos los hombres, que le pertenecerian por derecho de creacion y redencion.

Estos misericordiosos designios se han cumplido, y he aquí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo, Señor nuestro, único Hijo de Dios.*

ARTÍCULO TERCERO.

Que fué concebido por obra del Espiritu Santo y nació de la Virgen María.—Cuando hubo llegado el tiempo en que el Hijo único de

Dios, el *Verbo hecho carne*, debía habitar entre los hombres, envió Dios el Santo Arcángel Gabriel á Nazareth, ciudad de Galilea, donde estaba domiciliada la Virgen María. Gabriel dijo á María en cumplimiento de la orden que se le habia dado “Yo os saludo, ¡oh vos, llena de gracia! el Señor está con vos, bendita sois entre todas las mujeres; el Espiritu Santo bajará á vos, la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra, y el santo fruto que nacerá de vos se llamará *Jesus*, hijo de Dios.” Y María contestó á Gabriel: “Yo soy la sierva del Señor, hágase en mí segun vuestra palabra.” Y al momento mismo en que la Santa Virgen hubo humildemente consentido en las miras de Dios sobre ella, el Espiritu Santo formó en el seno de María, con la propia sustancia de esta Virgen, un cuerpo humano; creó una alma que animase aquel cuerpo, y el Hijo único de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, unió sustancialmente á su persona aquel cuerpo y aquella alma. Así fué como se operó la Encarnacion del Verbo, y nueve meses despues, *Jesus*, Salvador de todo el mundo, verdadero Dios y verdadero hombre, reuniendo en una sola persona, que es la del Verbo, la naturaleza divina y la humana, nació de la Virgen María en Bethlehem, ciudad de la Judea como lo habia predicho el Profeta.

Grandes prodigios se observaron cuando nació y empezó á vivir Nuestro Señor Jesucristo. Vióse brillar una divina luz en medio de las tinieblas de la noche. Un ángel anunció á los pastores que cuidaban de sus rebaños que les habia nacido un Salvador, y un

infinito número de espíritus del ejército celestial unióse al ángel para alabar á Dios, diciendo: "Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad." Una escella milagrosa condujo á unos Magos que vinieron de Oriente á Bethlehem, donde habia nacido Jesus, quienes llegados que hubieron allí se prosternaron ante él, le adoraron y le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Cuando Jesus fué presentado al templo para ser rescatado segun la ley, un santo anciano le conoció por el Salvador que Dios daba á los hombres. Un ángel se apareció á José, esposo de María, y le mandó que se retirase á Egipto con Jesus y María, madre del Santo Niño, á fin de que librase á éste del furor de Herodes que, para darle muerte, habia decretado que se matase á cuantos niños hubiese en Bethlehem de la edad de dos años abajo. Habiendo muerto Herodes, aparecióse otro ángel á José que estaba entonces en Egipto, y le dijo: "Levantaos, tomad al Niño y á su santa Madre é idos á la tierra de Israel, porque los que querian quitar la vida á Jesus ya no existen. Apresuróse José á poner en ejecución este nuevo mandato del cielo, y se regresó á Nazareth con Jesus y su santa Madre. En fin, vióse al Niño Dios sentarse en medio de los doctores, á la edad de doce años, y llenar de admiracion á cuantos le oyeron hablar con la sabiduría de sus palabras.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María.*

ARTICULO CUARTO.

Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.—Durante la mayor parte de su vida mortal vivió Jesucristo en Nazareth, en la casa de San José, siempre sometido á él y tambien á la santa Virgen; pero á la edad (como) de treinta años dirigióse á las márgenes del Jordan para recibir allí el bautismo de manos de San Juan. Inmediatamente que se bautizó, abriéronse los cielos, bajó de ellos el Espíritu Santo en forma de paloma, y vino á descansar sobre él, y oyóse en los cielos una voz que decía: "Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todo mi afecto."

Jesus se retiró luego al desierto, donde ayunó cuarenta dias y cuarenta noches, permitió al demonio que le tentase, y despues de haber vencido al príncipe de las tinieblas, fué servido por los espíritus celestiales.

Al salir del desierto dió principio Jesucristo á su vida pública y recorrió las ciudades y aldeas predicando el Evangelio. Demostró la verdad de su doctrina por medio de milagros arrojando á los demonios de los cuerpos de que estaban posesionados, curando á los enfermos, dando vista á los ciegos, oído á los sordos, palabra á los mudos, el uso de sus miembros á los paralíticos, caminando sobre las aguas, mandando á los vientos y al mar, aplacando repentinamente y con una sola palabra suya, las tempestades, alimentando á miles de hombres con un corto número de panes, y resucitando á los muertos. Tambien escogió por apóstoles á doce hombres sin ta-

B
lentos, sin favor, sin saber, la mayor parte de los cuales eran infelices pescadores, y comunicóles, con la facultad de enseñar en su Nombre, la posibilidad de operar milagros. Predijo, en fin, qué género de muerte habia de recibir, su resurreccion, su ascencion, la bajada del Espíritu Santo, la predicacion del Evangelio por todo el universo, la ruina de Jerusalem y del templo, y la dispersion de los judíos.

La inmensa sensacion que produjeron la predicacion de Jesucristo y sus milagros, inspiraron á los príncipes de los sacerdotes, á los doctores de la ley, á los escribas y á los fariseos, una envidia y un odio tan violentos, que resolvieron darle muerte, y entre sus mismos apóstoles encontráronse con un traidor que dió pábulo al furor que les animaba.

Sabiendo Jesus que habia llegado la hora en que debia salir de este mundo y volverse á su Padre, celebró la última Pascua, instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristia, lavó los piés á sus apóstoles, y hecho todo esto se fué al Huerto de los Olivos, donde quiso padecer una agonía tan dolorosa, que le ocasionó un sudor de sangre que se exhalaba de su cuerpo y que corría hasta el suelo. Despues se entregó él mismo á los que le buscaban.

Habiendo sido preso en el nombre de la autoridad pública, tratósele de la manera mas injusta, ignominiosa é inhumana. Atósele como á un malhechor, llevósele con violencia por las calles y por las plazas, de casa en casa, de tribunal en tribunal, diéronsele bofetadas, escupiósele el rostro, y Herodes y

toda su cohorte se esmeraron en mostrarle el mayor desprecio.

Su sentencia de muerte pronuncióla Poncio Pilato, gobernador de la Judea. Para arrancar al gobernador este fallo, los enemigos de Jesucristo, habian hecho falsas acusaciones contra él y sublevado al pueblo, sugiriéndole que pidiese á gritos que Barrabás, que era sedicioso y homicida, fuese puesto en libertad con arreglo á la costumbre que habia de que el gobernador romano concediese á los judíos el perdón de un criminal en la festividad de Pascua, y que Jesus recibiese la muerte de cruz.

Pilato vacilaba no obstante en condenar á Jesus porque estaba convencido de su inocencia; pero se le hizo temer que perderia el favor del César si absolvía á un hombre que decia que era rey, y este temor le hizo ceder al encarnizamiento de los acusadores de Jesus y le entregó á ellos para que fuese crucificado.

Jesus, antes de caminar á este último suplicio, fué azotado y escarnecido como un rey de burlas. Habiéndole cubierto los soldados del gobernador con un manto de púrpura, habiéndole puesto una corona de espinas y en la mano una caña, doblaron la rodilla ante él diciendo: Dios te salve, rey de los judíos. Cubriéronle luego de salivas, y tomando la caña que antes le habian puesto en las manos, le daban golpes con ella en la cabeza.

En fin, Jesucristo, cargando él mismo la cruz, en que habia de recibir la muerte, fué conducido al Monte Calvario, donde le crucificaron entre dos ladrones. Así es como Je-

B
sus, verdadero Dios, supuesto que no hay mas en él que una Persona, que es la segunda de la Santísima Trinidad, y al mismo tiempo verdadero hombre, supuesto que es Hijo de la Virgen María, y que tiene una alma y un cuerpo semejantes á los nuestros, padeció y murió en cuanto hombre para salvar á los pecadores, haciendo, en cuanto Dios, infinitamente preciosas su pasion y su muerte.

Su divinidad, de la cual habia dado ya tantas pruebas desde su entrada al mundo, manifestóla nuevamente por medio de milagros que precadieron y se siguieron á los postremos momentos de su vida mortal. La luz del sol, contra todas las leyes de la naturaleza desapareció de repente; por espacio de tres horas esparsiéronse neblinas por toda la faz de la tierra; el velo del templo de Jerusalem se rasgó en dos partes y de arriba á abajo; rompiéronse las rocas; abriéronse por sí mismos los sepuleros, y los cuerpos de los santos que allí descansaban se mostraron vivos, á muchas personas, en la ciudad de Jerusalem. En suma, uno de los ladrones (que fueron crucificados juntamente con El) le suplicó que se acordase de él cuando hubiese entrado en su reino. Por eso el centurion que le habia servido de custodia y un gran número de los que le habian acompañado durante su pasion y muerte, se regresaron golpeándose el pecho y confesando que Jesus era realmente Hijo de Dios.

Al instante en que Jesus hubo espirado en la cruz, quedó su alma verdaderamente separada de su cuerpo, permaneciendo no obstante la persona divina unida siempre á su alma y

bofetadas, escupiósele el rostro, y Heroes y

á su cuerpo, aunque separada la una del otro; de modo que así como su alma, al salir de su cuerpo, continuó inseparablemente unida á la divinidad, así su cuerpo inanimado nunca dejó de estar con la divinidad (que siempre continuó estando acompañado de ella, é instintivamente junto con ella) tanto cuando estuvo pendiente de la cruz, como cuando fué bajado de ella, embalsamado y sepultado, y mientras permaneció en el sepulcro donde no experimentó ni el mas leve indicio de corrupcion. El mismo dia en que murió Jesus bajaron su cuerpo de la cruz José de Arimatea y Nicodemo, lo embalsamaron, lo cubrieron y lo pusieron en un sepulcro nuevo, donde hasta entonces nadie habia sido sepultado.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.*

ARTICULO QUINTO.

Bajó á los infiernos, al tercero dia resucitó de entre los muertos.—Separada del cuerpo y permaneciendo no obstante unida á la persona del Verbo como habia estado desde que el Señor Dios la creó, la santísima alma de Jesucristo descendió á los infiernos donde permaneció tanto tiempo como estuvo su cuerpo en el sepulcro.

Por la palabra *infiernos* débese entender aquí el lugar denominado de otro modo *limbo*, que era aquel en el cual se hallaban reunidas y detenidas las almas de los santos Padres, de los Patriarcas, de los Profetas y de

B
un gran número de otros justos en espera del advenimiento del Hijo de Dios y por quien sabian que habian de ser libertadas de aquella cárcel y trasladadas al Paraíso.

En efecto los piadosos varones que precedieron á Nuestro Señor sobre la tierra así como los que nacieron despues de él, y que nacerán hasta la consumacion de los siglos, no pudieron, pueden, ni podrán alcanzar la salvacion sino por el mérito de su pasion. De suerte que antes de que muriese y resucitase, jamás estuvieron las puertas del cielo abiertas á ninguno de los hijos de Adam.

Hay otros dos lugares donde están detenidas las almas que en los momentos de la muerte, no se consideran dignas de gozar de la felicidad eterna.

El primero se llama *Purgatorio*. Allí es donde las almas de los que han terminado su vida mortal en gracia de Dios, pero sin estar del todo exentos de culpas veniales, y sin haber expiado, por medio de una penitencia amplia y completa, las culpas mortales de que han obtenido perdon, acaban de pagar sus deudas y de ser purificadas, hasta que habiendo completamente satisfecho á la Justicia divina y adquirido una pureza perfecta, sean admitidas á la posesion de la herencia celestial.

Las almas detenidas en el *Purgatorio*, pueden salir de allí auxiliadas por los sufragios, de los fieles, por las oraciones, por las buenas obras y especialmente por el santísimo sacrificio de la misa.

El segundo de estos lugares es el *Infierno* propiamente dicho, en el cual un fuego ven-

gador, que eternamente arde, quema á los reprobos sin consumirlos nunca. Los que tienen la desdicha de morir fuera de la gracia de Dios, como reos de pecado mortal, gimen sin esperanza dentro de aquel horrible horno atormentados sin cesar del doloroso sentimiento de los enormes é innumerables males que saben muy bien que habrán de padecer toda la eternidad, sin que jamás tengan remedio ni pueden llegar á mitigarse por especie alguna de consuelo.

Si los hombres procurasen, cuanto les fuera posible, formarse en esta tenebrosa vida una idea de los tormentos del infierno, sin duda inspiraríales mas horror la multitud de desórdenes y de crímenes á que tan fácilmente se entregan como si quisiesen voluntariamente exponerse á padecer por una eternidad tan crueles suplicios.

A la bajada de Jesucristo á los infiernos siguióse en breve su victoria sobre la muerte. A los tres dias de sepultado (el siguiente sábado de los judíos, llamado despues dia del Señor ó domingo), Jesucristo, como con anticipacion lo habia anunciado, unió de nuevo su santísima alma á su cuerpo y resucitó por su propio poder y su propia virtud. Manifestóse en su vida nueva y gloriosa á su santa Madre, la bienaventurada María, siempre virgen, á sus apóstoles, á sus discípulos, á las santas mujeres que le habian asistido con sus bienes durante su vida mortal, é hizo con sus apariciones sucederse un inefable júbilo al dolor profundo que les ocasionara su muerte. Por medio de sus discípulos ofreció el perdon á sus enemigos, aun á aquellos que

B
le habian hecho crucificar, y efectivamente lo concedió á cuantos se quisieron aprovechar de esta oferta. Hubo entre estos gran número de judíos, pues aconteció una circunstancia muy admirable, y fué la de que muchos de los que se habian rehusado obstinadamente á creer en Jesucristo cuando predicaba él mismo su Evangelio y confirmaba su predicacion con los mas insignes prodigios, no viéndole ni oyéndole ya, y sí prestando crédito al testimonio que de su resurreccion daban sus apóstoles, creyeron firmemente en él, pusieron en él toda su esperaza, y profesaron su religion y culto, pues la religion es el culto de Dios, Salvador de los hombres.

He aquí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Oreo en Jesucristo que descendió á los infiernos y al tercero dia resucitó de entre los muertos.*

ARTÍCULO SEXTO.

Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.—Jesucristo, despues de haber resucitado de entre los muertos, permaneció todavía cuarenta dias sobre la tierra, y prolongó su mansion en ella durante este espacio de tiempo para convencer bien á sus apóstoles de la verdad de su nueva vida y darles sus últimas instrucciones.

Habianse turbado y consternado tanto los apóstoles de la muerte de Jesucristo, que les costó trabajo á los principios creer en su resurreccion; pero su buen Maestro les dió multiplicadas pruebas de ella, apareciéndo-

seles durante los enunciados cuarenta dias conversando con ellos, hablándoles del reino de Dios, es decir, de su Iglesia, enseñándoles lo que habian de hacer para extenderla hasta los confines de la tierra, instruyéndoles en la doctrina que habian de predicar y en los sacramentos que habian de administrar, y señalándoles, en fin, el plan de conducta que debian prescribir á todas las naciones, con el objeto de que ellos mismos, y cuando por medio de su predicacion fuesen conducidos á la verdadera fé, pudiesen alcanzar la felicidad eterna.

Cuando Jesucristo vió á sus apóstoles perfectamente convencidos y persuadidos de la verdad de su resurreccion, y suficiente-mente instruidos de cuanto debian aprender de su boca para que pudiesen dignamente desempeñar la mision que les encomendaba, no habiendo nada ya que le detuviese en la tierra, condújoles al Monte de los Olivos, donde, en presencia de ellos, se elevó por su propio poder y virtud, subió á los cielos é introdujo en ellos consigo las almas de los justos que habia libertado del Limbo. Entonces fué cuando las puertas de la patria celestial se abrieron, saliendo de ella multitud de ángeles á contribuir á la pompa triunfal de su Soberano Señor, que volvía á los cielos despues de haber descendido de ellos para encarnarse en el seno de la Virgen María.

Jesucristo en el cielo, en cuanto hombre, *está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso*, es decir, posee allí una gloria que es propia únicamente de él, y que no puede

convenir á ninguna otra naturaleza creada; tal es el sentido de esas palabras; porque siendo Dios Padre Todopoderoso un espíritu, nada corporal puede en él imaginarse; pero como segun la costumbre establecida entre los hombres, se considera elevado al más alto honor aquel á quien se vé colocado á la diestra, para expresar de una manera proporcionada á nuestra inteligencia la incomprendible excelencia de gloria de que en cuanto hombre goza en el cielo Jesucristo, gloria que á él únicamente pertenece; el Símbolo de nuestra fé dice: *que está allí sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.*

Allí es donde aboga por los pecadores, donde defiende nuestra causa para con su Padre, donde enseñándole las cicatrices de sus llagas aplaca la justísima ira que en El excitan nuestros crímenes, y desde donde derrama sobre nosotros gracias, con el auxilio de las cuales evitamos el peligro de condenarnos y podemos trabajar en nuestra salvacion eterna.

Desde allí fué desde donde, segun su promesa, envió el Espíritu Santo á sus discípulos.

Estando todos ellos, el dia de Pentecostés reunidos en un mismo lugar, descendió de los cielos este Espíritu Santificador figurando lenguas de fuego que se dividieron y colocaron encima de cada uno de ellos. Inmediatamente oyóseles hablar varios idiomas, segun el Espíritu Santo iba poniéndoles las palabras en la boca, y anunciar las maravillas de Dios con una elocuencia verdaderamente divina.

Hé aquí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.*

ARTÍCULO SETIMO.

Y desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.—Así como este mundo tuvo principio, tendrá fin, y este fin será digno de la Providencia del Dios Criador. Aunque cada hombre, en el momento de su muerte comparezca ante el divino Tribunal y sufra en él un juicio particular, en el cual dá estrechísima cuenta de todas sus palabras, obras y omisiones, y en el que su suerte, durante su vida futura, queda de una manera irrevocable decidida; habrá, no obstante, al fin de los siglos, un juicio general en el que, en presencia de la universalidad de los hombres que hubieren existido en todos tiempos y lugares, manifestará Dios la sentencia que contra cada cual de ellos con anticipacion estaba decretada. A Jesucristo corresponde esta funcion de Juez Supremo, y para desempeñarla descenderá visiblemente de los cielos, como unos ángeles expresamente lo anunciaron á los apóstoles el dia de la Ascension de ese Dios Salvador, que por sí mismo lo habia ya predicho.

¡Cuánto, pues, son enemigos de sí propios los hombres que desentendiéndose de esos inevitables juicios, se entregan como insensatos á la relajacion de corazon y ánimo! El olvido de su último fin, en el cual pasan, al parecer, su vida presente, no servirá sino pa-

B
ra que se vuelva más terrible la cuenta que tendrán que dar al Juez Supremo, á ese Omnipotente Juez que todo lo conoce y que se mostrará inflexible. Haráles cargos sobre su fé y sobre las obras, y les preguntará: ¿Habeis creído en las verdades que revelé y que en mi Nombre os proponia la Iglesia? ¿Habeis cumplido con los mandamientos que debian servir á vuestra conducta de norma? Y si han tenido la desgracia de morir sin haber reparado, por medio de una verdadera penitencia el desarreglo de sus acciones, los extravíos de su corazon y de su entendimiento, y sus errores y sus crímenes, dando testimonio contra ellos, serán eternas víctimas de una inexorable justicia.

Antes del último advenimiento de Jesucristo, y al aproximarse el fin del mundo, cuantos vivan entónces, morirán; porque la muerte es una deuda de que no puede eximirse hombre alguno, y todos nacen sentenciados á fenecer algun dia. Si nuestro Señor Jesucristo, Hijo del mismo Dios, estuvo sometido á esta ley, ¿quién podrá considerarse privilegiado con la exencion de ella? De suerte, que los hombres todos, hasta los más santos y perfectos que se encontraren en el mundo cuando vaya tocando á su término, no entrarán, sin haber pagado el tributo á la muerte, en posesion de la felicidad que hayan esperado y merecido; tambien morirán éstos, y hasta que hayan vuelto á la vida será cuando alcancen la plenitud del premio.

Todos los hombres, desde el más elevado hasta el más pequeño que hubieren bajado

al sepulcro, saldrán todos, buenos y malos, de él, para que Nuestro Señor Jesucristo públicamente les juzgue. ¡Pero qué diferencia habrá entre unos y otros para siempre! La herencia de los buenos será una gloria y una felicidad sin término, y la de los malvados una desdicha eterna.

Esto es lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en Jesucristo, que ha de venir de los cielos á juzgar á los vivos y á los muertos.*

ARTÍCULO OCTAVO.

Creo en el Espíritu Santo.— Aunque la naturaleza divina sea esencialmente una, hay en Dios tres personas realmente distintas entre sí. La primera es Dios Padre, que no fué hecho, creado ni engendrado; la segunda es Dios Hijo, que no fué hecho ni creado, pero sí engendrado, desde la eternidad, por Dios su Padre; la tercera es Dios Espíritu Santo que no fué hecho, creado ni engendrado, pero que procede, desde la eternidad, del Padre y del Hijo. Esto es lo que llamamos la Santísima Trinidad.

Los precedentes artículos del Símbolo de los Apóstoles, refiérense á las dos primeras personas de la Santísima Trinidad; éste se refiere á la tercera.

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad; procede, desde la eternidad, del Padre y del Hijo como de un solo principio; es igual en todo al Padre y al Hijo; es increado, eterno, omnipotente, soberanamente bueno, soberanamente sabio, infinitamente perfecto como el Padre y el Hijo,

consustancial al Padre y al Hijo, Dios como el Padre y el Hijo, y debe ser adorado y glorificado como el Padre y el Hijo. Esto es lo que Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó distintamente al mandar á sus Apóstoles que bautizasen á las gentes *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Este Espíritu adorable, por sus santas inspiraciones, nos desvía del pecado, excita nuestros corazones á la observancia de la ley y les conduce á la práctica de toda especie de buenas obras.

Las gracias particulares que en nosotros derrama son las que comunmente son llamadas Dones del Espíritu Santo, y son: la sabiduría, el entendimiento, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios.

La sabiduría nos desprende del mundo y hace que única y exclusivamente amemos las cosas divinas.

El entendimiento nos ayuda á conocer las verdades de la religion y á penetrarnos de ellas.

El consejo nos hace elegir lo que mas contribuye á la gloria de Dios y á que nos salvemos.

La fortaleza hace que superemos esforzadamente cuantos obstáculos y dificultades se opusieren á nuestra santificación.

La ciencia nos hace ver el camino que es necesario que sigamos, y los peligros que debemos evitar para llegar al cielo.

La piedad hace que nos inclinemos con gusto y con facilidad á todo lo que es del servicio de Dios.

El temor de Dios nos inspira respeto mezclado de amor hácia el Sér Supremo y nos hace temer desagradarle.

En fin, por medio de ese Espíritu adorable nos llegamos á ver justificados y nos volvemos hijos de Dios para ser herederos de la vida eterna, segun la esperanza que de ello tenemos.

Hé ahí lo que hacemos profesion de creer cuando decimos: *Creo en el Espíritu Santo.*

ARTÍCULO NOVENO.

En la Santa Iglesia católica, apostólica y romana; en la comunión de los santos.—Nuestro Señor Jesucristo estableció una Iglesia sobre la tierra. Esta Iglesia es la comunidad de los fieles que, reunidos bajo la direccion de los legitimos pastores, por la profesion de una misma fé, por la participacion de los mismos Sacramentos, y por una sociedad y comunidad de preeces, no forman sino un mismo cuerpo que tiene un mismo Gefe invisible, que es Jesucristo, y un mismo gefe visible, que es nuestro santo padre el Papa, sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, vicario de Jesucristo sobre la tierra y á quien por este título, pertenece de derecho divino la primacia de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia.

Nuestro Santo Padre el Papa y los obispos forman el cuerpo de los primeros pastores. A este cuerpo está prometido y asegurado el continuo auxilio del Espíritu Santo que le preserva de todo error en lo que decide que es necesario hacer y evitar, así como